

# EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 íd.; un año 4 íd.; número suelto, 0,10 íd.

Pago adelantado.

Se publica los miércoles.

Administración: Calle de la Sal, núm. 6

á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

## TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 10 por 100 de rebaja.

## Profecías cumplidas.

**H**RA la última vez que el Redentor del mundo visitaba el famoso templo de Jerusalem.

En aquella ocasión había apostrofado á los escribas y fariseos llamándoles serpientes y raza de víboras; les predijo que perseguirían, arrojarían de sus sinagogas y matarían á los sabios y doctores, es decir, á los apóstoles y discípulos enviados para enseñarles la verdad; les anunció, en fin, que sobre ellos caería toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la de Abel, el justo, hasta la de Zacarias, muerto por sus padres entre el altar y el templo. Por esta razón, por haber muerto á los profetas y apedreado á los predicadores que él les había enviado, por haber resistido los llamamientos y exhortaciones que él mismo les había hecho, con las cuales quería atraerlos y cobijarlos como la gallina á sus polluelos, por esta voluntad rebelde y por una ingratitud manifiesta, les anunciaba que la ciudad y el templo serían arruinados, «que su casa quedaría desierta».

Dolorosa impresión debieron causar estas palabras en el numeroso auditorio y aun entre los mismos fariseos, sus irreconciliables enemigos; eran la ciudad de Jerusalem y el templo el orgullo del pueblo judío y el centro en que convergían todas las ritualidades y dogmas de la religión, que desaparecerían, á no dudarlo, de llevarse á cabo la predicción, de cumplirse la amenaza.

También los discípulos, apenados con tan terrible profecía, cuando se retiraba ya bajando las gradas del suntuoso edificio, tal vez con el objeto de que modificara la sentencia, se atrevieron á invitarle á que fijara su vista en aquella edificación suntuosa y considerara las inconcebibles preciosidades y riquezas de toda clase que le constituían una verdadera maravilla del mundo.

Pero Jesús no tuvo en cuenta el deseo de sus discípulos, y les respondió de este modo: «¿Veis todo esto?

pues en verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.»

La pena que estas palabras llevaron al corazón de sus discípulos fué indecible: la confusión que se produjo en sus espíritus, siempre acariciando la idea de un gran reino temporal, siempre creyendo que aquella casa de Dios perduraría hasta la consumación de los siglos, debió ser extraordinaria: el desen-

canto que, no dudando de la palabra del Maestro, sufrieron los apóstoles con esta amenaza profética, debió de tal modo angustiarlos que, silenciosos, le acompañaron por las calles de Jerusalem hasta el monte de las Olivas. Sentados allí *de cara al templo*, y no pudiendo arrojar de su mente la tristísima noticia de que sería destruido; algo repues-

»guerras, se levantará reino contra reino y »gente contra gente; habrá terremotos y »hambre; cuando viéreis la abominación de »la desolación que predijo el profeta Daniel, »entonces, los que estén en la Judea huyan »á los montes, y los que estén en el campo no »vuelvan á casa para tomar el vestido; por- »que aquellos días serán de gran tribulación.

profética del Maestro; tan viva la luz que lleva al entendimiento, que no hay posibilidad de tergiversarla. Seguro es que los judíos de ahora, como los judíos de épocas anteriores, harían los mayores sacrificios para conseguir que esta página luminosísima desapareciera del Evangelio. Después de todo, nada adelantarian, ya que estas verdades *estaban de muchos siglos antes escritas*, y es, además, imposible destruir el hecho de su cumplimiento que llena muchos capítulos de la Historia.

Y el hecho es innegable. Un día los ejércitos de Vespasiano se aproximaron á Jerusalem, y al aproximarse se conmovió todo el Oriente. Los previsores, los cristianos, acordándose de las predicciones de Jesucristo, se retiraron á las montañas que hay más allá del Jordán, cerca del desierto, en los confines de la Arabia. Los judíos, cada vez más obcecados, cada vez más seguros de la Aparición del Mesías, descendiente de David, con la sabiduría de Salomón en su cabeza, con la fuerza de Sansón en su brazo, con la espada del caudillo que sujetaría las naciones á su dominio y acabaría con los gentiles, paseándose victorioso sobre las ruinas de los enemigos humillados y vencidos, permanecieron en Jerusalem, y su obstinación fué la causa de su desgracia.

Por efecto de la diversa manera de entender la cuestión religiosa, y por entenderla generalmente en sus aplicaciones á los bienes terrenos, al exclusivismo de raza, al deseo de convertirse en dueños del universo con la venida de este valeroso caudillo, se fraccionaron en partidos á cual más ambiciosos y se dividieron en sectas. Sin contar las de los Zolotes, que se distinguían por su furor en los combates, y la de los bandidos ó Sicarios, que infestaban toda la provincia, los mismos ciudadanos por interpretaciones de la ley y mejor por su ambición desmedida, que les llevaba á considerarse como dueños del mundo, les hacía venir á las manos. El profundo rencor que existía entre Samaritanos y judíos, se acrecentó mucho por aquel tiempo: los fariseos, que dominaban el pueblo, y los saduceos, que dominaban entre los gran-

des, juntos, corrompían la religión, haciéndola servir á sus fines y era motivo para hostilizarse. El sumo pontificado, que en menos de una centuria se había renovado treinta veces, y el mismo sacerdocio que por haber perdido su dignidad iba perdiendo su influencia, fueron motivos de lucha y turbulencias, haciendo que se multiplicasen los partidos, que se sucediesen las revoluciones, que se enco-



tos, no obstante, de su desconsuelo, se atrevieron á preguntarle: «Maestro, ¿cuándo serán estas cosas?»

Respondiendo Jesús, empezó á decirles las señales que precederían á esta ruina, puntualizando detalles y circunstancias que espantan, pero que debían realizarse. Entonces añade: «Estad sobre aviso; hé aquí que todo os lo he dicho de antemano. Habrá

»Cuando viéreis, pues, á Jerusalem cercada »de un ejército, sabed que su desolación está »cerca: porque son días de venganza y se »cumplirán todas las cosas que están escritas: parte del pueblo caerá á filo de espada, »y parte será llevada en cautiverio, y Jerusa- »lem será hollada por los gentiles hasta que »se cumplan los tiempos de las naciones.»

Tan clara y terminante es esta palabra

nasen cada vez más los ánimos, y juntos estos desórdenes anárquicos con la tiranía del gobierno, prepararon forzosamente la guerra y la ruina final de la nación deicida.

La guerra estalló el duodécimo año de Nerón, sesenta y seis del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Así se lo había anunciado á los apóstoles: «No pasará esta generación sin que se cumplan estas cosas. »El cielo y la tierra pasarán, pero no pasará mi palabra.» Referir ni aun los acontecimientos principales de esta guerra, las horribles matanzas de judíos verificadas por los romanos en Jerusalem y en Cesarea, en muchas villas y aldeas de la Siria, en Scytópolis, ciudad griega de las orillas del Jordán, en el Egipto, singularmente en Alejandria, no cabe en los límites de estos apuntes, y todavía menos, contar los indecibles tormentos, los incendios de barrios y pueblos enteros y el encarnizamiento con que judíos y romanos se entaron en esta guerra de exterminio.

En la primavera del año LXX, poco antes de la Pascua, Tito, hijo del Emperador Vespasiano, puso sitio á Jerusalem. Por esta circunstancia, por celebrarse la fiesta de la Pascua, había concurrido á la Ciudad extraordinario número de judíos que contribuyeron á aumentar el desorden producido por las divisiones intestinas y á consumir en breve las provisiones almacenadas, padeciéndose el azote del hambre desde los primeros días del sitio.

El exceso de miseria fué tan general y tan grande, que llegó á extinguir los sentimientos de la naturaleza, no respetándose por nadie estado, condición ni sexo con tal de arrebatar, como hambrientas fieras, lo que tenía apariencia siquiera de alimento. El capítulo 8.º del libro 7.º de la Historia del judío Flavio Josefo, tiene este inconcebible título: «De muliere quæ per famem filium coxerat». Esta mujer, llamada Maria, de familia distinguida por su nacimiento y fortuna, había venido á Jerusalem de una villa del otro lado del Jordán, llamada Vetezobra, con el fin de celebrar la Pascua; despojada de cuanto poseía, ciega por el dolor, aquejada de la desesperación y el hambre, degolló á su hijo, mandó que le asaran y comió una parte. Basta este espantoso suceso para dar idea de la situación en que se encontraba la ciudad sitiada por Tito. Las personas, por no decir los esqueletos que iban por sus calles, caían desfallecidos de repente, ó por falta de alimento, ó porque las sustancias que comían les producían la muerte.

Los cadáveres insepultos infestaron el aire, y á la plaga del hambre se añadió la peste. El hedor que despedían fué tal y tan grande, que llegó al campamento de los sitiadores, y afectado Tito por lo extraordinario de la epidemia, y noticioso de lo que en la ciudad ocurría por el relato de los que se le entregaban, puso á Dios por testigo de que aquel pueblo indomable y furioso era sólo la causa de las calamidades que padecía. Efectivamente; varias veces le había ofrecido la paz en condiciones ventajosas, y creyendo, obstinados, unas veces que este ofrecimiento era debido á la impotencia, y otras, tal era la persuasión que abrigaban, de que en la hora suprema Dios les favorecería con la llegada del Mesías, nunca quisieron aceptarla.

El caudillo romano llegó á ser dueño de la Ciudadela é hizo derribar una parte para apoderarse con más facilidad del templo. En aquel día, 17 de Julio, no habiendo Pontífice ni sacrificadores, quedó interrumpido el Sacrificio. Después incendió las puertas de la muralla, y queriendo atajar los progresos del fuego, que tomó gran incremento, para conservar el templo, consagró sus tropas á extinguirlo, aunque sin conseguir lo que deseaba. Un soldado, como movido por sobrenatural impulso, cogió una tea encendida, y consiguiendo que sus compañeros le alzaran, la arrojó por una ventana; muy pronto el voraz elemento, corriéndose con rapidez extraordinaria, penetró en el edificio. Cuantos esfuerzos hicieron las tropas para dominar el fuego fueron inútiles. El día 20 de Agosto del año 70, el mismo día en que Nabucodonosor quemó el primero levantado por Salomón, quedó por completo destruida esta maravilla del mundo.

Lo que aconteció después no es preciso decirlo, teniendo en cuenta los feroces usos de la guerra en aquellos tiempos. El historia-

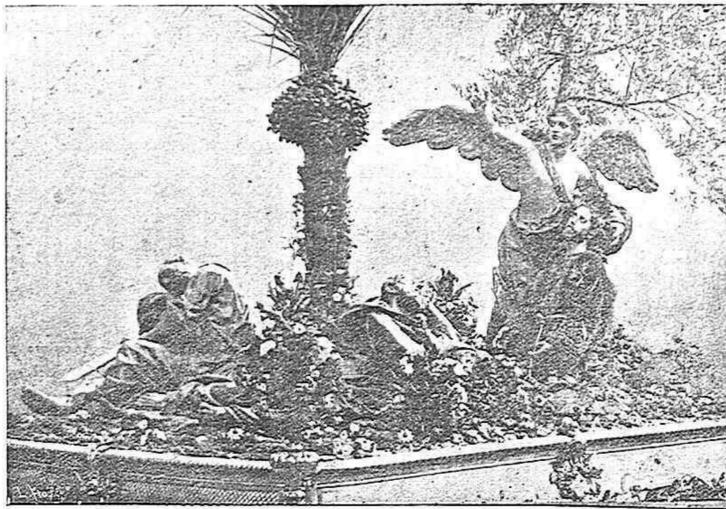
dor Josefo afirma que en el sitio perecieron un millón y cien mil judíos. El furor de los soldados no reconoció límites. Lo que dejó libre el fuego lo mandó arrasar Tito, y los historiadores hacen subir á cien mil el número de los judíos cautivos y vendidos como esclavos. Al volver á Italia el Caudillo romano, su padre Vespasiano le preparó un gran recibimiento, levantándole un arco de triunfo que lleva su nombre. Sin embargo, cuando las naciones vecinas le ofrecieron coronas, felicitándole por la victoria, las rechazó diciendo que no era suya la obra, que no había hecho más que prestar sus armas para la venganza de Dios, irritado con el pueblo judío.

Y era cierto; Jesucristo, el Verbo de Dios hecho carne, antes de subir al patíbulo sobre la cima del Gólgota, había dicho á sus discípulos: «Cuando veáis á Jerusalem cercada de un ejército, sabed que la desolación está cerca; habrá guerras....., hambre....., días de gran tribulación.....; no quedará del templo piedra sobre piedra.....; la ciudad será arruinada.....; algunos de sus moradores serán pasados á filo de espada.....; otros serán llevados en cautiverio.....; será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.»

Van diecinueve siglos y aún no han vuelto los judíos á pisar como dueños la tierra de sus mayores.

Estaba predicho y las profecías se han cumplido.

X.



## Jesucristo según el Evangelio.



COSTUMBRAN los librepensadores, que mejor debieran llamarse librefensores, á calificar á Jesucristo de gran taumaturgo, de ilustre profeta, de admirable moralista, de insigne bienhechor de la humanidad, hasta de hombre divino, como apellidan á Platón.

Con tan honrosos títulos, que bastan y sobran para enaltecer á un hombre, tienen el horrible y sacrilego designio de negar á Jesucristo su divinidad, base fundamental del cristianismo, y que su santísimo Fundador se atribuye, sin que por esto juzgue que usurpa los derechos de Dios, antes bien, asegura ser igual á Dios: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo.*

Según diversos pasajes del Evangelio, Jesucristo dijo de sí mismo:

*Yo y el Eterno Padre somos una misma cosa.*

*El Padre está en mí y yo estoy en el Padre.*

*El que me ve á mí, ve á mi Padre.*

*Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

*Yo soy la luz del mundo.*

*El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí.*

*Del que se avergonzare de confesarme delante de los hombres, yo me avergonzaré de confesarle á él delante de mi Padre.*

*Yo soy el pan vivo bajado del Cielo.*

*Yo soy el Principio, y antes de nacer Abraham yo ya existía.*

*Yo salí del seno del Eterno Padre y vine al mundo; dejo el mundo y vuelvo al Padre.*

*Yo rogaré al Padre y os concederá otro Paráclito ó Consolador.*

*El Espíritu Santo que enviará el Padre en*

*mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará cuanto os he dicho.*

A la Samaritana le dice: *Yo soy el Mesías;* á una pregunta categórica que le hace el Sumo Pontífice, contesta: *Yo soy el Cristo Hijo de Dios;* y á un ciego de nacimiento, á quien había milagrosamente curado, le pregunta: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* Y como el ciego respondiera: *¿quién es el Hijo de Dios para que yo crea en él?* Jesucristo se le manifiesta, diciéndole: *el que te está hablando es el Hijo de Dios.*

Tan asombroso cúmulo de testimonios, diseminados en los cuatro Evangelios y omitidos otros muchos en gracia de la brevedad, prueban hasta la evidencia que Jesucristo se creía Dios y hablaba con un lenguaje sólo propio de Dios. Ahora bien, ¿se creía Dios sin serlo? Entonces se engañaba; era un iluso como esos pobres dementes que fantasean ser cuál un banquero, cuál un príncipe, cuál un emperador. ¿Afirmaba ser Dios sin creerlo? Entonces engañaba á las gentes; era un impostor que se atribuía la divinidad.

Pero, ¿cabe ser iluso quien predijo que San Pedro le negaría, y no una vez, sino tres, y antes de que el gallo cantase dos veces? ¿Cabe ser iluso quien predijo que sería escupido, y azotado, y escarnecido, y crucificado, y que al día tercero de su muerte resucitaría? ¿Cabe ser iluso quien predijo que los Apóstoles serían perseguidos y llevados á los tribunales y condenados á muerte? ¿Cabe ser iluso quien predijo que Jerusalem sería sitiada y tomada por un ejército, y que del templo grandioso de la capital de la Judea no había de quedar

«sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué delicadeza, qué sutileza, qué exactitud en sus respuestas, qué imperio sobre las pasiones!» ¿Dónde está el hombre, dónde el «sabio que sepa obrar, padecer y morir así sin «debilidad ni ostentación? Cuando Platón «describe á su justo ideal é imaginario..... «pinta rasgo por rasgo á Jesucristo..... ¡qué cúmulo de preocupaciones, qué ceguedad «no es preciso tener para atreverse á compararse á Sócrates con Jesucristo! ¡Qué distancia del uno al otro!..... Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.

## Teología popular.

Si el pueblo conociera más la Teología, sería más cristiano, más firme en su fe, menos expuesto á vacilaciones de doctrina, menos accesible á las acometidas del sofista, más virtuoso, más feliz, menos terreno. Porque la Teología acerca á Dios, familiariza al hombre en su trato, le hace conocer, en lo posible, sus misterios, y atrayéndole con la belleza de las interioridades divinas que ella descubre paso á paso, consolidando sus conquistas con el severo discurso, mantiene en su pensamiento viva la luz que le adiestra en la ciencia de sus destinos y en su corazón el deseo de no errarlos.

No se ejecuta lo que no se ama, no se ama lo que se ignora, y porque muchos ignoran las sublimidades de los sagrados misterios, ni las aman ni las practican, y corren á todo correr vacilando en un mar de tentaciones ó cayendo en ellas inermes, como se dobla sobre su tallo la espiga temprana, agostada por pertinaces rigores. Enséñese á los hombres la Teología, si algo bueno ha de esperarse de ellos.

\* \*

I.—¿FUÉ NECESARIO QUE CRISTO PADECIERA PARA REDIMIR EL PECADO? No fué necesario con *necesidad absoluta*, es decir, no fué necesario de tal modo que Dios no pudiera valerse de otro medio para redimirle; porque en la voluntad de Dios estuvo perdonarle, dando satisfacción á su justicia con el beneplácito de su amor infinito. Con una sola palabra, dice Santo Tomás, con una sola acción, pudo Dios librar á los hombres de la esclavitud del demonio, á que venían sujetos por el pecado, como con una sola palabra le bastó para crear el mundo. *No es más fácil en Dios el ejercicio de uno de sus atributos que el de otro;* y, si para sacar al Universo de la nada, le bastó el ejercicio de su omnipotencia, para perdonar el pecado le hubiera sido suficiente el ejercicio de su misericordia. Si entre los hombres es posible olvidar la ofensa y perdonarla, y aun volver á la amistad á los ofensores, ¿por qué no ha de poder Dios hacer lo mismo, si en ello no hay repugnancia con su naturaleza? La justicia de Dios quiere castigar el pecado, pero es sólo si la misericordia no se interpone.

Mas necesario fué que Jesucristo padeciera para redimir el pecado con la necesidad que se llama *de suposición*. Es decir, supuesto el admirable fin que Dios había trazado predeterminando la Pasión de Jesucristo, fué de todo punto necesario que padeciera. La voluntad de Dios no se muda; y resuelto por Dios que el pecado recibiera su perdón del sacrificio del Verbo humanado, la voluntad de Dios no se hubiera cumplido, lo cual es un supuesto absurdo, sin el padecimiento de Cristo. En resumen, fué necesario que Jesucristo padeciera, no porque Dios careciera de otros recursos con que perdonar el pecado, sino porque, en los altos fines de su providencia, resolvió, como mejor, valerse para ello de la pasión y muerte de su Hijo, y la voluntad de Dios siempre se cumple.

II.—¿PERO FUÉ EL MEJOR MEDIO DE REDIMIR EL PECADO LA PASIÓN DE JESUCRISTO? El pensamiento humano se abisma y se anonada ante la elección eterna que Dios hace del sacrificio afrentoso del Hijo, en quien puso sus complacencias inefables, para olvidar la ofensa infinita de la humanidad pecadora. ¿Qué necesidad tenía Dios de la salvación del hombre? ¿Por qué elegir para ello un medio tan ignominioso? Muchas cosas, dice Santo Tomás, concurren á nuestra salvación con el tormento de Cristo, que no hubieran concurrido si Dios nos hubiera salvado sólo por el acto de su voluntad soberana. ¿Cómo hubiera

piedra sobre piedra? ¿Cabe ser iluso quien hizo tales predicciones, y todas, absolutamente todas, se cumplieron al pie de la letra?

Y si no cabe que Jesucristo fuera un iluso, mucho menos cabe que fuera un impostor; porque la naturaleza, dice Pascal, jamás obedece á un impostor, y á Jesucristo le obedecía sumisa: Manda al agua convertirse en vino en las bodas de Caná, y se convierte en vino; manda que vea un ciego, y el ciego ve; que oiga un sordo, y el sordo oye; que hable un mudo, y el mudo habla; manda que el mar embravecido se calme, y el mar se calma; que el viento impetuoso calle, y el viento calla; que un paralítico de treinta y ocho años de enfermedad ande, y el paralítico anda; manda, en fin, que la muerte suelte su presa, y la muerte la suelta: testigos la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naim y Lázaro, cuyo cadáver, ya descompuerto, despedía fétido olor.

¿Qué más? la elevación de su doctrina, la sublimidad de su moral, el intenso amor á los humildes, el entrañable afecto á los niños, el celo ardiente por la gloria de Dios, la pureza intachable de su conducta, hasta el punto de atreverse á lanzar á la frente de sus enemigos aquel reto sublime de *¿quis ex vobis arguet me de peccato?* no permiten en manera alguna aplicar á Jesucristo la nota de impostor. Si, pues, no pudo serlo, así como tampoco pudo ser iluso, lógicamente se infiere que si se decía Dios es porque realmente era Dios.

Un impio del siglo XVIII, Juan Jacobo Rousseau, en un momento de lucidez intelectual, rinde tributo á la divinidad de Jesucristo: Emile, tom. III, pág. 179: «.....¡qué inocencia en sus costumbres!, ¡qué dulzura!, ¡qué gracia tan tierna é insinuante en sus máximas!, ¡qué sabiduría tan profunda en

su muerte; sólo ambicionan el momento de crucificarla. Los católicos la defienden y vitorean, como el pueblo vitoreó á Jesús cuando entró triunfante en Jerusalem, y su fe siempre les vence y les reduce. Necesitan, pues, de los traidores de los católicos-liberales.

Esos son los que siempre venden á Cristo y á su Iglesia por un precio mezquino, tanto como sus almas. La amistad de un magnate o de un ministro que muchas veces es masón; la promesa de un honor sin valor, y á veces los plácemes mentirosos ó la sonrisa de un grande, aunque no en la virtud ni en la nobleza..... he ahí los *siclos* con que los judíos de estos tiempos *pagán* á los mestizos su cobarde traición.

*Dios os guarde, Maestro*, dijo Judas á Jesús dándole el beso que había de mostrarle á sus perseguidores; pues bien, eso mismo hacen á diario los que tienen el atrevimiento de llamarse católicos siendo liberales. Sus obras parecen hechas por cariño á la Religión Cristiana, y sin embargo están respirando, además de un utilitarismo grande, un deseo sin límites de que todos rindan el culto que ellos al liberalismo, y por ende á la herejía. Se meten entre los católicos puros como Judas entre los discípulos fieles, y están continuamente dando á la Iglesia el ósculo de sus taimadas persecuciones.

Mirad si no y estudiad sus hechos; ahí está la Prensa que ellos escriben aconsejando que se acepte la Constitución, es decir, la primacía del Estado sobre la Iglesia, la libertad de cultos y otros mil errores que sería imposible enumerar. ¿No es esto una clase de traición? ¿No es darnos miserablemente el *beso de paz* mentida?.....

Los hombres que buscan el apoyo de los buenos para que les presten su sufragio y poder ir á las Cortes, ¿qué hacen?..... Sostener la teoría de que la *inteligencia no delinque* y quemar incienso á los pies inmundos del monstruo liberal, ó acaso algo peor, como hizo Martínez de la Rosa permitiendo que se asesinase á los religiosos de España sin siquiera sacar de los cuarteles la tropa hasta después de cometido el crimen horrendo de aquel año de tristísima memoria.

Por los efectos se conocen las causas, y basta ver la derrotada figura de España para comprender la bondad del liberalismo, causa de todas sus desdichas, y de los que se ocultan con el manto de católicos, como Judas se escondía entre el manto de la amistad y en las sombras de la noche de su traición inicua.

Si, no admite duda. De todos los enemigos que tiene hoy la Santa Iglesia de Cristo, los peores son los que se denominan *católicos liberales*, porque son tan malos como falsos; se les puede comparar á Judas, porque así como aquél vivió con Jesús y entre los buenos discípulos, y por la avaricia de poseer una insignificante cantidad le vendió vilmente, éstos, por gozar de consideraciones, honores ó empleos, traicionan los principios verdaderos y no tienen inconveniente en decir á la Iglesia el *Dios os guarde, Maestro*, mientras la entregan á sus enemigos, que á esto equivale el introducir entre sus hijos doctrinas destructoras.

Jesús, cuando se retiró á orar, exhortó á sus discípulos á que velasen y orasen con Él. Hoy la Iglesia nos manda á los tradicionalistas que velemos y oremos con ella; pues bien, cumplamos este santo y dulce precepto, y sin dejarnos vencer por el sueño para no merecer su reprensión justa, estemos siempre alerta y en vela; siempre dispuestos á defenderla hasta morir, á darla hasta la última gota de nuestra sangre. Sus enemigos son muchos y muy hipócritas; *los judas* la cercan por todas partes, y si les dejamos, acabarán de realizar su *baja traición*.....

Estemos preparados, y oremos para que jamás llegue el reinado de las tinieblas.

Aristarco.

## EL PRODIGIO DEL AMOR

.....In *suprema nocte cena*.

¡Noche de santos misterios,  
noche que el mundo recuerda  
como la noche más grande  
que alumbraron las estrellas!

¡Noche de santos misterios,  
noche de la *última cena*  
en que Jesús se despidió  
de los que amaba en la tierra.

¿Quién cantará tu hermosura,  
quién pintará tu grandeza,  
si no bastan á decir las  
ni la pluma ni la lengua?

En medio de sus discípulos  
Jesús la Pascua celebra:  
va á morir y se despidió  
de los que amaba en la tierra.

Dirige afable y tranquilo  
su voz, de ternura llena,  
al que sincero le adora  
y al que villano le entrega.

Es mucho lo que les ama  
y aunque les ama les deja,  
que para lavar sus culpas  
hay una Cruz que le espera.

No sus dolores le duelen  
ni le dan pena sus penas,  
ni llora por sus heridas  
ni por sus dolores tiembla.

Puso en su Padre los ojos  
y, resignado, presenta  
su corazón al acero  
y al espinoso su cabeza.

Llora por los que abandona,  
llora por los que se quedan  
sin maestro que les guíe,  
sin pastor que les defienda.

Es el Amor el que llora,  
es el Amor el que tiembla,  
y son de Amor sus heridas  
y nacen de Amor sus fuerzas.

Que más que propios dolores  
y más que propias afrentas  
siente dejar sin amparo  
á los que amaba en la tierra.

los ángeles se estremecen  
y los Serafines tiemblan.

Fué entonces cuando el Amor  
llegó á inventar tal fineza  
como nunca el cielo mismo  
imaginarla pudiera.

Iba Jesús por el hombre,  
iba á dar su vida entera,  
las lágrimas de sus ojos  
y la sangre de sus venas;  
y más el Amor le pide  
con generosa largueza,  
y más allá de la muerte  
el Amor divino llega.

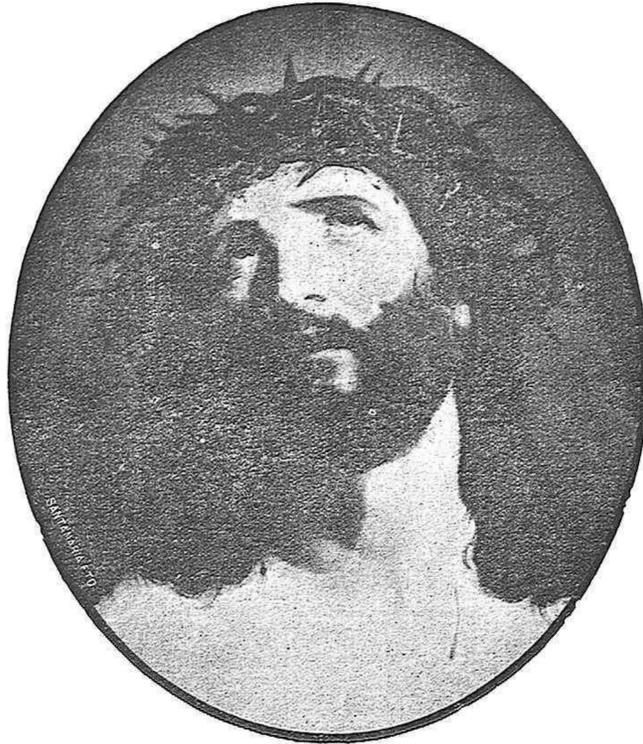
Del regazo del discípulo  
alza Jesús la cabeza,  
toma el pan y le bendice  
y con majestad excelsa  
pronuncia aquellas palabras  
de la Eucaristía emblema,  
y en pan su cuerpo convierte,  
en pan que el alma alimenta.

¡No, Jerusalem, no llores,  
no llores, triste doncella,  
que si tu Maestro muere,  
de tu lado no se aleja.

Porque fué su amor tan grande,  
que esclavo tuyo se queda,  
y en tus entrañas se esconde  
y en tu pecho se aposenta.

No de su pasión bastaban  
el suplicio y las afrentas,  
¡aun se expone de los hombres  
al desprecio y la blasfemia!

¡Ay de tí, si sus ternuras



La santa frente abatida  
y abrumada de tristeza  
ansiosa busca un regazo  
que dulce apoyo la ofrezca.

Aquel discípulo amante,  
el que Jesús prefiriera  
entre todos, por mirarle  
virgen de entera pureza.

Aquel discípulo amado  
junto al Maestro se sienta  
y con el alma en los ojos  
arrobado le contempla.

Torna Jesús la mirada  
y mira á Juan á su diestra,  
en su rostro va leyendo  
la más sublime leyenda.

¡Ojos á que asoma el alma,  
qué dulcemente reflejan  
las ansias de su cariño,  
lo santo de sus finezas!

Lo ve Jesús conmovido;  
al discípulo se acerca  
y coloca en su regazo  
la fatigada cabeza.

Late de Juan en el pecho,  
late el corazón con fuerza;  
eco sus tiernos latidos  
en el de Jesús encuentran.

Corrientes de Amor inmenso,  
inefables y secretas,  
al discípulo le turban,  
al Maestro le consuelan.

Y al ver el Amor divino  
en tal punto de grandeza,

amorosas no compensa!  
¡Ay del que el amor de Cristo  
no pague en igual moneda!

Ramón Solano.

## RESURREXIT

**Ú**TIL es nuestra predicación y vana nuestra fe, decía San Pablo, si Cristo no ha resucitado; con lo cual quiso significar que la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo es el cimiento de la Religión católica, y de la verdad y divinidad del Cristianismo. Así lo han confesado los enemigos todos del nombre cristiano, y el mismo Jesucristo lo dió á entender valiéndose de este argumento para demostrar su divinidad.

Tenia Jesucristo suficientemente probada su divina misión, porque resucitó á muchos muertos; curó á multitud de enfermos; dió vista á ciegos de nacimiento; caminó sobre las aguas; le obedecieron el aire, el mar y todos los elementos; hizo, en fin, muchas cosas que *ninguno otro* hizo y que nadie hubiera podido hacer *si Dios no hubiera estado con Él*, como muy oportunamente dió á los fariseos aquel ciego: *nacido así para que en Él se manifestase la gloria de Dios*. ¿Era acaso necesaria alguna nueva prueba para patentizar ante los hombres que era el enviado del Padre, ó es que consideró su resurrección

como la prueba más concluyente de su divinidad?

Él, que no abunda en lo superfluo y lo dispone todo en su justa medida; Él, que puso ante los ojos de Israel el dominio soberano que ejercía sobre la Naturaleza, interrumpiendo el curso ordinario de sus leyes; Él, que sobrepuja con su ciencia y sus obras á los hombres y á los acontecimientos humanos recogidos por la historia de las sociedades, desde el origen del mundo, como puntos de partida para los ingenios futuros, y como ejemplos que imitar en el porvenir, vió la necesidad de una prueba más que agotara las inquietudes del pensamiento discolo y acallara por su fuerza abrumadora las exigencias exorbitantes del espíritu prevenido.

Creed en mis obras, si no creéis en mis palabras, les había dicho; y aunque á la palabra suprema, que alcanza á señorearse de tierra y cielos, une la serie de actos morales que nadie fué capaz de imitar, las inteligencias soberbias de aquel pueblo se resisten, dan de mano á las probabilidades de que en Cristo estuviera la divinidad personificada, y le ultrajan, le persiguen, le afrentan, le venden, le posponen á un ladrón y le sacrifican. ¿Muerto Cristo, qué era lo que vivía de sus obras y de sus palabras?

Aquel pueblo de cerviz dura y de corazón incircunciso no quería convencerse de que Jesucristo era el Mesías, á pesar de tantos prodigios como le había visto obrar, porque lo vió luego apurar el suplicio y pagar como los demás el tributo de la muerte, y Jesucristo, que penetraba los pensamientos del pueblo, predice su resurrección, en bella semblanza de que el pueblo se escandaliza.

¿Queréis convenceros de que yo soy Dios? ¿Deseáis una prueba irresistible de que soy el Mesías? Pues oid: *Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días*; es decir, quitadme la vida, que yo la tomaré de nuevo, yo resucitaré al día tercero.

Y en efecto, el pueblo judío, que se había resistido á tantas pruebas, no pudo resistirse á ésta, y aunque siguió obstinado, nada pudo oponer contra ella sino la negativa de su veracidad. Es que la resurrección de Jesucristo tiene una fuerza especial sobre todas las demás resurrecciones y milagros precedentes.

Aquel pueblo comprendía que un hombre resucitara á otro hombre; pero no entendía que un hombre se resucitara á sí mismo. Para devolver la vida á otro, decía, se necesita un poder sobrenatural; ¿pero no hemos oído casos semejantes? Para devolvérsela á sí mismo es necesario un poder superior, de que no conocemos ejemplo. Sabiase que un hombre podía resucitar á otro hombre, y de eso tenía ejemplos; pero lo que no había oído jamás era que un hombre se resucitara á sí mismo. El que eso hiciera, era más que hombre, tenía que ser Dios.

Grande, en efecto, aparece Jesucristo resucitando á Lázaro; grande, devolviendo la vida á la hija de Jairo; grande, haciendo levantar sobre su féretro y caminar por sus pies á casa de su madre al hijo de la viuda de Nain..... pero inmensamente más grande aparece resucitándose á sí mismo.

Al mandar salir á Lázaro del sepulcro después que le habían quitado la losa, se mostró omnipotente, es verdad, pero más omnipotente, si es lícito hablar así, se mostró al salir Él de su sepulcro, volcando la enorme piedra que para que no saliera habían colocado los judíos.

Por eso el pueblo, que al ver que resucitaba á otros lo aclamó por *gran profeta*, le reconoció por Dios al verlo á Él resucitado; y si ante el sepulcro de Betania *muchos* creyeron en Él, ante el sepulcro de Getsemani todo el mundo ha confesado su divinidad. He ahí por qué, después de haber resucitado á Lázaro, los fariseos seguían negando su divinidad; pero después de su resurrección no les quedaba otro recurso que reconocerle por Dios.

Mas como á esto no pudieron acomodarse porque equivaldría á confesar su vergonzosa derrota, inventaron otro medio que les deshonraba más, y fué negar la resurrección, conviniendo en decir que no había resucitado. Ante la resurrección de Lázaro, se les ocurrió *matarlo*; ante la resurrección de Jesucristo no encuentran otro medio mejor que negarla. Les cegó tan gran resplandor, y acordaron cerrar los ojos para no verlo.

Pero el hecho de la resurrección de Jesu-

cristo es tan evidente, que tiene á su favor el testimonio de los apóstoles que vieron, escucharon y tocaron á su Maestro por espacio de cuarenta días, y conforme lo habían visto y oído así lo predicaron; el de los judíos enemigos de Jesucristo, que no castigaron á los centinelas que no supieron guardar el tesoro que les entregaron; el de los paganos que se convirtieron á la fe en vista de las pruebas de que había resucitado; el de tantos millares de mártires que sellaron con su sangre esta verdad, y, finalmente, el testimonio de los más encarnizados enemigos del catolicismo, como Celso, Porfirio, Juliano el apóstata, que no se han atrevido á negar este milagro.

## AL PIE DE LA CRUZ

*Mulier, ecce filius tuus.*

¡Cuadro horrible de pena y de amargura  
El que ofrece la Virgen elegida,  
Abrazada á la Cruz en que la vida  
Entregaba el Autor de su alma pura!  
Cuadro horrible del dolor profundo,  
Que á cielo y tierra de estupor suspende,  
Nos presenta la Cruz de la que pende  
En temible agonía el Rey del mundo.

Sentenciado á la muerte entre ladrones,  
Apurando la pena más odiosa,  
Súfrela siendo Dios, cruel y afrentosa;

Llora Cristo de angustias agobiado;  
La calumnia y la befa su agitado  
Corazón despedazan; se enardece  
La inmensa fiebre; siente el aleteo  
De la muerte y perdona la malicia  
Que hizo este escarnio vil de la justicia  
Al eriminal verdugo; al Justo reo.

Avergüénzase el sol, y en noche oscura  
Conviente su esplendor del medio día;  
Se agiganta en el mar la ola bravía,  
Y chasquea el relámpago y fulgura;  
Rásgase el sacro velo, y el infierno  
Ruge y brama de soberbia y de ira  
Viendo vencer al que en la Cruz expira  
Abriendo al pecador un Cielo eterno.

Alevoso buscando que muriera  
Mi Señor, siendo víctima inocente?

¿Y en desquite del crimen horroroso  
Hijo tuyo he de ser, Madre adorada?  
¿Hijo yo de esa Madre desolada,  
A la cual sin piedad herí furioso?  
¿Convertirse por tí mi cruel destino  
En objeto y amor de tus amores?  
¿No sacié yo mi cólera y rencores  
ultrajando aquel rostro tan divino?

A tus plantas, Señora, estoy contrito  
Implorando el perdón de mi pecado,  
Perdonad, oh, María, si malvado  
Cometí yo ese crimen infinito.  
Ya que á tal precio de tu amargo duelo



Pero la mayor prueba de que Jesucristo resucitó es que el mundo entero y la Iglesia han creído y siguen creyendo en él. Si Jesucristo no hubiera resucitado, sería un impostor, y ni el mundo hubiera creído en su doctrina, ni la Iglesia hubiera resistido las embestidas de sus enemigos, que son los enemigos de Jesucristo.

Siendo tan patente la resurrección, y la prueba más clara de su divinidad, muy justo es que la celebremos, pues si Jesucristo resucitó, también nosotros resucitaremos, y así como todos hemos muerto en Adán, todos viviremos en Jesucristo.

L.L.L.S.

Derramando la sangre á borbotones.  
¡Oh misterio de amor impenetrable!  
Que el rigor del castigo merecido  
Haga del pecador, que es el que ha herido,  
Juez, y víctima á Dios, que es impecable.

Gruesos clavos sujetante al madero,  
Taladradas las manos ateridas,  
Perforados los pies con las heridas  
Que abre en ellos el golpe del acero.  
Con rudeza en el cuerpo lastimado,  
Cuyo peso desgarrar más las brechas  
De los clavos, las carnes son deshechas  
Y el tormento se dobla exacerbado.

Crujen los huesos; el cuerpo se extremece;

¡Pobre Madre! Transida de dolores  
De su amado contempla la agonía,  
De sus labios la herencia recogía  
Que Madre la hacía ser de pecadores;  
Desde entonces el puro amor materno  
De María se cifra en el verdugo  
Que librado por Dios de infame yugo  
Llega á ser de María un hijo tierno.

¿Fuí yo aquel pecador que en el madero  
Atrevido clavé sus pies y manos,  
Y el mayor entre todos los tiranos  
Que en mi diestra contra él blandí el acero?  
¿Yo el que de espinas coronó su frente,  
Y el que en su rostro bofetada diera,

se me abrieron las puertas de la Gloria,  
Que tu nombre se grave en mi memoria  
Y con él en los labios vaya al Cielo.

No es dichoso el que á la Cruz no adora,  
Y á esa Madre tan tierna y tan querida  
Abandona en el curso de la vida,  
Su favor y compasión no implora.  
¡Nadie tenga á esta Madre como extraña!  
Ruega, oh Madre, por todos noche y día,  
Ruega por la nación del alma mía,  
¡Que una lágrima tuya salve á España!...

José M.<sup>a</sup> del Sol.